

DIAGNÓSTICO DISCUTIDO DE PESTE PORCINA

Guillermo A. Bavera. 2014.
www.produccion-animal.com.ar

[Volver a: Comunicaciones y anécdotas de la práctica rural y docente](#)

Una mañana de 1975 un productor de la zona de Villa Marcelina (sobre la ruta Nacional N° 35, 10 km al sur del cruce de la misma con la que desvía a Coronel Moldes) vino a buscarme a la veterinaria. Traía en la caja de la camioneta dos cerdos muertos para que diagnosticara la causa de su deceso. Hacía unos días que iban apareciendo algunos muertos entre los 200 animales que tenía en el criadero y cebadero.

Cargué en la camioneta el equipo necesario y nos dirigimos a la sala de necropsias, que en ese entonces era el basural de Coronel Moldes. Realizada la necropsia a ambos animales, y aunque en algunos casos es dificultoso el diagnóstico a campo, en éste sin la menor duda y con absoluta seguridad diagnosticué peste porcina.

Vueltos a la veterinaria, le di vacuna para los 200 animales y suero para unos 100, ya que era todo lo que tenía en existencia. Le expliqué la gravedad del caso y la urgencia de aplicar vacuna y suero, y le indiqué que dejara a sus hijos y peones aplicando los inyectables y que él fuera inmediatamente a Río Cuarto a comprar las 100 dosis de suero faltantes para tratar a todos los animales en el día.

No tuve más noticias hasta una mañana una semana después en que encontré al productor en el pueblo y le pregunté cómo iba el problema. Su respuesta me conmocionó:

- ¡Ud. sabe que no era peste porcina!

- ¿Cómo que no era peste porcina?

- No. El veterinario que me atendió en Río Cuarto cuando fui a comprar el suero me dijo que no podía ser peste porcina y me dio terramicina para aplicarle a los enfermos y se recuperaron, por lo que no apliqué en suero ni las vacunas.

Quiero aclarar que esto ocurrió cuando aún no había Colegio Veterinario en la provincia de Córdoba y que cualquiera que se encontraba atrás de un mostrador de una venta de productos veterinarios se consideraba veterinario. No sé adónde fue a comprar el suero, pero quiero pensar que éste fue el caso. Y un productor que le cree más al que diagnostica detrás de un mostrador que al que actuó sobre el animal. Y como dice el colega Giaveno en una de sus máximas, “el veterinario que más sabe es el que está más lejos”.

Vuelto a la veterinaria, llamé inmediatamente a la Cátedra de Patología de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la UNRC, donde en ese entonces estaban como profesores los colegas Sonzini y Gil Turner, a quienes les comenté el caso y les solicité que esa misma tarde nos encontráramos en el cruce de la ruta 35 y el acceso a Coronel Moldes para ir juntos a Villa Marcelina. Así lo hicieron en uno de los rastrojeros que en ese entonces tenía la Universidad.

Cuando entramos al criadero-cebadero el espectáculo era realmente dantesco. Una pila de cerdos muertos rociados con combustible quemándose y un peón con una rastra traccionada por un caballo llevando más cerdos muertos a la pira.

El diagnóstico a campo realizado por los patólogos confirmó mi diagnóstico, lo mismo que las muestra que llevaron al laboratorio.

Murieron los 200 animales. El único que sobrevivió fue el padrillo porque era de pedigrí y había sido comprado en una exposición rural, y por ende, estaba vacunado.

La mejoría por la aplicación del antibiótico era momentánea, y era una de las trampas que se hacían cuando entraba peste porcina a un cebadero con animales gordos sin vacunar para mandarlos inmediatamente a faena y salvar parte del capital. ¡Si habremos comido animales con peste porcina!

[Volver a: Comunicaciones y anécdotas de la práctica rural y docente](#)